



MISIONERO SIN MISIÓN

Enrique A. Wulff

MISIONERO SIN MISIÓN



Primera edición: junio 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Enrique A. Wulff

ISBN: 978-84-19340-54-2

ISBN digital: 978-84-19340-55-9

Depósito legal: M-6088-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Este libro está dedicado especialmente a mis dos hijos (Michelle y Ricardo).
Está dedicado a ellos, ya que fueron los protagonistas que experimentaron
inesperados y difíciles roles en la distancia mientras estas experiencias
misioneras se iban desarrollando.*

Gracias por todo y gracias, por tanto.

Misionero sin misión es producto de un extraño despertar sin saber que se está uno despertando. Es una historia y es un recuento. Es algo que se deslizará como un cuento durante los momentos en que se lo cuento. Es una experiencia, es una existencia, es un vivir, es un existir... que trata de lo que se fue, de lo que se es y de lo que potencialmente se será.

Todo aquello que en la linealidad en que experimentamos nuestro existir pertenece a lo que conocemos como pasado y que creemos que ya se fue, que no regresará, que se olvida y que solo se recuerda a la discreción de nuestras memorias y nuestras selecciones emocionales de las mismas... se irá poco a poco esbozando en la medida en que los recuerdos se vayan abriendo paso entre las palabras.

Este intento de tratar de traer a colación lo que se fue dejando atrás en el caminar es con la única idea de crear una secuencia. Una secuencia para el lector. A esta altura de mi vida ya no hay secuencias, todo es parte de todo. Aquello que fue mi pasado, aquello que es mi presente y aquello que será mi futuro están mezclados en mí como los ingredientes de una sopa. Yo he llamado a esa sopa mi conciencia. En esta sopa de mi vida consciente, las variables tiempo, espacio y gravedad parecen no identificarse entre ellas. Quizás es por eso que siento a «mi voz interior» diciéndome que siempre soy, independientemente de lo que mi conciencia crea.

Este manuscrito que comienza a escribirse quizás alcance a ser un libro. Esto depende de que tan sincrónicos, eficientes y comprometidos estén mi mente, mis sentimientos y mis emociones cuando se comiencen a ver en el reflejo de las palabras.

Este libro ya está escrito, yo solo lo estoy recordando con ustedes. En qué momento comenzó a escribirse es lo que no tengo muy claro. Recuerdo ser testigo de intenciones, de expectativas, de posibilidades que fueron tomando forma en el mundo de las circunstancias «extraordinarias», y con el tiempo mi vida fue perdiendo su simplicidad, sin poder controlar mi inquietud consciente y quizás subconsciente, que solo deseaba «una vida complicada».

Mi vida «simple» era como ir sentado en el vagón de un tren desplazándose por las praderas. «Mi inquietud» hizo que el tren dejara las praderas para adentrarse en las montañas sin tener idea que esas montañas eran «montañas rusas».

En los estragos de dejar una adolescencia para explorar lo que es ser un adulto, los altos y bajos naturales de la vida comenzaron a adquirir intensidad, generando períodos de turbulencias que se apaciguaban en efímeras sensaciones de calma, en medio de ilusiones, pasiones, alegrías y tristezas. Las «tremenduras» de la infancia se transformaron rápidamente en «aventuras». Mis pensamientos, sentimientos, actitudes y hablajes cambiaban a tanta velocidad que la única forma de subsistir era escondiéndome detrás de mi personalidad y mi carácter.

Había solo un «norte» en mi vida, y ese era el que mi pasión me indicaba. Mi pasión ha sido y es mi mayor propulsor. Mi pasión no sabe discriminar, lo que me hace disfrutar de los más insignificantes eventos hasta los que van más allá de la imaginación.

El juego de las oportunidades, la «vocación», las circunstancias, las inclinaciones y una idea fantástica de una potencial realidad... colocaron en mis manos «un pasaporte» en cuya portada se podía leer: «Médico-Cirujano». En aquellos momentos, en los que contaba con veintitrés años de edad, no tenía ni idea de lo que este

pasaporte significaba, ni mucho menos hasta dónde me permitiría explorar las dimensiones del amor y del dolor humano.

Mi primer diagnóstico médico, a los minutos de tener este pasaporte en mis manos, fue el darme cuenta de que «el comienzo» se había acabado y que lo que continuaba no se encontraba en lo que conocía. Una extraña sensación de seguridad me impulsaba hacia la inseguridad de explorar lo desconocido..., y en horas, los compromisos adquiridos con miras a un exitoso, productivo y fructífero porvenir en las artes del ejercicio de la medicina en mi país se disolvieron en la nada..., abriéndose sin saber las puertas a «una aventura».

Lo tradicional y convencional se quedaron atrás mientras volaba a Londres. Mi aterrizaje a «las realidades» robó mi aliento y la expresión verbal de mi mente, mis emociones y mis sentimientos. Por un tiempo, bastante razonable, me sentí como Tarzán, no porque me encontrara en «una selva», sino porque hablaba el inglés como él.

Aprendí rápidamente que un idioma no se domina solo a través del estudio. Mi ignorancia me creaba la falsa ilusión de que estudiando de catorce a dieciséis horas diarias, como acostumbraba hacer durante la carrera de Medicina, me haría poder dominar el arte de comunicar mis pensamientos y sentimientos en el idioma inglés. Y para reconfirmar «mi ignorancia ilusoria», mi dislexia, a la cual logré sobrevivir durante los años que pasé en el colegio La Salle y en la Universidad, decidió hacerse notar en mi existencia con todo el resplandor de su naturaleza y esencia...

Por muchos meses, sentí lo que realmente es ser anónimo. Todo tipo de anécdotas se generaron en este «sobrevivir en otro idioma diferente al mío», unas me hacían reír y otras muchas me hacían llorar...

El lenguaje corporal en el invierno de Inglaterra no ayudaba mucho en mi comunicación con el mundo exterior... Me sentía como un niño de Kínder nuevamente: moviéndome de un lado a otro en bicicleta y aprendiendo a hablar, a leer y a escribir...

Estudiar Medicina en Venezuela para mí no siguió la exclusividad y dedicación únicas que esta ameritaba por su naturaleza y esencia. Circunstancias y necesidades existenciales me llevaron a trabajar en áreas no asociadas con la medicina. Trabajé como profesor sustituto en Matemáticas, Física y Biología en escuelas privadas y liceos durante el día, alternando con la carrera de Medicina..., y en las noches daba clases en institutos de educación superior para adultos en los que se otorgaba el título de bachiller en Ciencias después de dos años de estudios intensivos.

En uno de estos institutos de educación adulta aprendí sobre la importancia de prestar atención a lo aprendido o inculcado en mí para no hacer daño a nadie. Una noche, un alumno de unos cuarenta años de edad me interrumpió una clase de Física cuando explicaba el desarrollo de un problema complejo diciéndome que «no hacía falta que los humillara». Por supuesto que quedé medio confundido con esta tan inesperada declaración. Y pregunté a qué se refería. Y me replicó: «Ha dicho usted en más de cinco a seis veces que si entendemos». Y eso los hacía sentirse que eran menos inteligentes que yo. Desde ese momento hasta el presente cuando explico algo digo: «¿Me expliqué bien?», «¿Me hice entender?». Y ya no más «¿Me entendieron?».

También «la vida» durante mis años de estudios en la Facultad de Medicina me colocó en situaciones que me ayudaron a lidiar con temores infundados. Una de ellas fue el trabajar en la Cárcel Modelo de la ciudad de Caracas, en donde se encontraban reclusos con sentencias largas. Ahí iba dos noches a la semana. A las 6 p. m.

entraba y quedaba encerrado en la cárcel hasta las 6 a. m. del día siguiente. Independientemente de lidiar con los temores mencionados, fue muy positivo para mí, ya que me permitía pasarme varias horas estudiando y sobre todo me dio la oportunidad de entablar «amistad» con muchos de los reclusos, unos por sus visitas como pacientes en la enfermería, y otros a los que visitaba en sus celdas.

La idea de ejercer la medicina varió desde mis inocentes deseos de hacerlo en un área específica a terminar haciéndolo en lo que quería. Pero no fue así de sencillo. Durante la carrera de Medicina comencé a identificar las áreas en que no me sentía a gusto y a través de este descarte intenté «identificar» aquella en la que me gustaría trabajar en mis años de ejercicio profesional. Dos áreas se descartaron en los primeros contactos con ellas, estas fueron la neurología y la geriatría. Y siguiendo ese proceso de gustos y descartes, para el último año de la carrera ya «sabía» que quería ser pediatra. Con la idea de pediatría en mi mente y en mi corazón me lancé al mundo en su conquista.

Deseaba ser el mejor pediatra que mis capacidades me podrían llevar a ser. Comencé la especialización en esta área de la medicina en el Addenbrooke's Hospital, en Cambridge, para continuarla en el Hospital de Pediatría DIF en el sur de la Ciudad de México y terminarla en el Hospital Infantil de México. Después de la presentación de la tesis de grado y pasar los exámenes orales correspondientes, fui acreditado por la Academia de Pediatría de México.

Pocos meses antes de terminar mi residencia de pediatría en México, la oportunidad de continuar mis estudios de posgrado en USA se presentó.

Tenía ya veintiocho años de edad, pero la pasión y el espíritu de aventura no envejecían conmigo, sino todo lo contrario, se iban acrecentando con mayor intención y fuerza.

La directora del Departamento de Patología y especialista en neuropatología infantil del Hospital Infantil de México me consiguió una entrevista el 4 de enero en el Centro Médico de Houston en los hospitales afiliados a la Universidad de Texas.

Recuerdo que pedí prestada ropa de invierno y me fui a la entrevista sin saber a ciencia cierta cómo era una entrevista para optar a una posición de residente en un hospital en USA. Recuerdo llegar con una ropa pesadísima de invierno y una bufanda de lana. La temperatura exterior en Houston estaba alrededor de 1 o 2 grados Celsius. Caminar desde el hotel al hospital con el frío fue fabuloso, pero al entrar al hospital no contaba con la calefacción. Para no perder «la elegancia» con la que me preparé me quedé con toda esa ropa puesta hasta el momento de la entrevista. Por supuesto que estaba sudando como un «pollo en brasas», no solo por el calor, sino por lo nervioso que estaba y los torbellinos de emociones que me inundaban.

Cuando el jefe del Departamento de Neurología Pediátrica comenzó a hablar, no entendí nada de lo que me decía. El poco inglés que aprendí cuatro años atrás en Inglaterra se ocultó de tal forma en mi mente que no lograba encontrar sino unas cuantas palabras «para la comunicación cortés al estilo de Inglaterra». Así sería la cara que tenía que me preguntó que si me sentía bien. En ese momento «la Divinidad de la Creación» me iluminó casi milagrosamente... y logré con lenguaje corporal principalmente y algunas palabras mal pronunciadas a voluntad decir con convicción que tenía una faringitis aguda severa y entre la benevolencia y la buena intención de este extraordinario profesor logré pasar mi día de entrevistas, en las cuales me entrevistaron dos profesores más y el jefe de los residentes, y participé en presentaciones de casos con todo el Departamento de Neurología.

Creo que ese fue mi primer curso intensivo sobre la relatividad del tiempo, los minutos fueron horas y las horas se sentían como días.

A mi regreso a México, le conté a la directora de Patología del Hospital Infantil lo que me pasó. Después de las esperadas correspondientes risas y burlas sanas de imaginarse verme en medio de todo eso, y a sabiendas de que no tenía ni idea de lo que me dijeron, accedió a llamar al profesor en Houston para preguntarle cómo le fue conmigo.

En resumen, tenía que pasar los exámenes de medicina para ser reconocido como médico estadounidense (ECFMG) y para obtener la visa que me permitiría quedarme haciendo una residencia de posgrado en USA (Visa Qualifying Examination, VQE).

Dos meses más tarde comenzaba a pasar visita a pacientes de los hospitales afiliados a la Universidad de Baylor del mismo centro médico de Houston con un médico neurólogo y su asociada que me enseñaron calidad en el arte de ejercer la neurología en adultos, donde el humanismo, la compasión y la benevolencia marcaban las pautas. Fueron dieciocho meses de «calidad en el tiempo» durante los cuales presenté y pasé los exámenes mencionados.

Este médico neurólogo era mexicano de origen y disfruté muchísimo más con él de todo «lo mexicano» que en los tres años y medio que pasé en la Ciudad de México.

Debido a esto, mi inglés no mejoró como se esperaba y comencé la residencia de Posgrado en Neurología Pediátrica entendiendo alrededor del 40 % de lo que me decían. Gracias a Dios, había aprendido en los dieciocho meses anteriores las formas y los pormenores del manejo de los pacientes.

Siempre les estaré agradecidos a todos los médicos que tuvieron que luchar con las frustraciones que mi dislexia y poco conocimiento del inglés les generaban. Para ellos era mi acento y mi limitada capacidad para la expresión escrita, pero el secreto de la «verdadera verdad» tuvo que permanecer conmigo, ya que sus mentes no hubieran podido manejar la cruda realidad, además jamás me hubieran aceptado en ese programa tan prestigioso.

Como ven, lo que «no me gustaba» en la carrera de Medicina se comenzaba a manifestar en mis realidades, y poco a poco me fui involucrado en el campo de la neurología. La vida a lo largo de su tiempo terrenal en mí me ha llevado a experimentar «otras cosas» en relación con la medicina, por ejemplo: después de cinco años de posgrado en pediatría nunca se presentó la oportunidad de ejercerla; después de completar la especialización en Neurología Pediátrica en Houston y en Chapel Hill, North Carolina y ser reconocido por el American Board de la especialidad no logré sino hasta dieciséis años después ejercer la neurología pediátrica por dos años en Pensacola y Gulf Breeze, Florida; gracias a haber terminado mi residencia de Neurología en la Universidad del Sur de la Florida, en Tampa y certificarme por el American Board de Neurología y Psiquiatría me permitió, de tiempo en tiempo, y de momentos en momentos haber tenido la oportunidad de ejercer la neurología general a lo largo de los años y en muchos lugares del mundo. Una nueva subespecialidad en complicaciones neurológicas del VIH y sida realizada en el Centro Médico Mount Sinaí de Manhattan, en Nueva York, a finales de los noventa para mi reincorporación a la medicina neurológica de Norte América tampoco tuvo la oportunidad de ser ejercida; en los últimos años vengo trabajando en el campo de la neurología geriátrica en Miami, Florida.

La búsqueda de la ciudadanía americana para mí y mi familia, y su paso por diferentes tipos de visa con los requisitos obligatorios

involucrados en ellas, jugó un papel primordial en lo citado en el párrafo anterior.

Y para terminar este tópico les digo que trabajar en el campo de la neurología geriátrica es lo que más deseo hacer. Para mí no es un trabajo, sino una oportunidad de aprender y compartir con la experiencia, con los designios físicos y mentales de la edad, con la tradición, con la vida, con la espiritualidad y con la muerte.

Y así, lo primero que se descartó mientras comenzaba mis primeros pasos en el campo de la medicina es lo que marcó y marca mi ejercicio profesional de la misma. La ilusión de prepararme y especializarme en prestigiosas universidades y hospitales del mundo para regresar a Venezuela y poder ofrecer mi experticia en el área médica a mi país de origen fue truncada por una actividad médica intermitente, temporal y a cuentagotas.

Esto me permitió convertirme de ciudadano venezolano en ciudadano del mundo, y luego en ciudadano americano. Pero con mi conciencia, mi mente, mi pensar, mi sentir, mi actuar y mi hablar funcionando en el concepto global de la humanidad y no en el concepto individual de una ciudadanía.

Hoy por hoy, soy tan americano como venezolano y como ciudadano del lugar del mundo en donde me encuentre.

De cierta forma, el pasaporte «Médico-Cirujano» que se me fue otorgado en Venezuela me llevó a experimentar, en varias ocasiones, la metamorfosis de oruga-capullo-mariposa a lo largo de la vida.

«Mis momentos de oruga» me enseñaron sobre la no diferencia entre ninguno de los seres humanos que experimentamos realidades diferentes a lo largo y ancho de la Tierra... Todos somos entidades espirituales que formamos parte del Todo de la Divinidad

de la Creación, viviendo una experiencia en una dimensión densa para beneficio y aprendizaje de la unidad del Todo y de la Nada.

«Mis momentos de capullo» me ayudaron a conocer la fragilidad de la vida, el significado de mi personalidad y mi carácter en mi manifestación como parte de la humanidad..., conocer quién soy, de dónde vengo, dónde estoy y hacia dónde voy... Me sensibilizaron para aprender a aprender a estar consciente de mi conciencia y de la conciencia de los demás en medio del respeto a la individualidad de la diversidad, así como del derecho a tener la libertad de ejercer mi libre albedrío con autenticidad, sin temores y sin presiones.

Y «mis momentos de mariposa», en donde gracias a Dios me encuentro experimentando en estos momentos, me bendicen a diario con la oportunidad de disfrutar la naturaleza inteligente y bella que involucra el concepto de «Madre Tierra» haciéndome experimentar día a día mucho más del limitado concepto de «Cielo», con la oportunidad de enamorarme de mi propia divinidad y de la divinidad de los seres vivos que me encuentro a diario, con la oportunidad de sentir la felicidad en la alegría de vivir y en la satisfacción del morir, con la oportunidad de experimentar en mi conciencia el significado cíclico-ondulante de la vida, sus acciones y reacciones, así como la esencia de unidad entre el macrocosmo del universo y el microcosmo de mi manifestación humana.

Ahora sé que soy energía, una energía que forma parte de la divinidad y del amor de lo que representa el concepto de Dios para la humanidad. Una energía que se mueve en forma ondulante entre la luz y la oscuridad, entre lo divino y lo humano, entre lo que llamamos bueno y lo que llamamos malo, entre lo que conocemos como alegría y lo que conocemos como tristeza, entre la abundancia y la escasez, entre la salud y la enfermedad, entre la razón y la emoción... sin dejar de ser en ningún momento lo que realmente soy, con el agravante de adquirir más sabiduría y experimentar más amor en cada ondulación.

Suramérica

Influenciado por religiosas católicas e hindúes a principios de la década de los noventa, acepté la oportunidad que se me presentó de ayudar directamente a comunidades muy pobres. La idea se basaba en la construcción de un centro de salud básico, en donde se utilizaran productos naturales que se podían obtener directamente de la naturaleza en sus alrededores para el tratamiento de las dolencias físicas y emocionales.

La emoción que me inundó en el momento, la cual me impulsó a aceptar «la idea» tan rápidamente, comenzó a las pocas horas su esperado aterrizaje forzoso en la realidad.

Evité, al principio, permitir que la razón me confundiera y me dediqué, tan pronto como pude, a «sumergirme» en las bibliotecas para obtener la mayor cantidad posible de información sobre medicina alternativa y naturismo. Durante varias semanas estudiaba entre catorce y dieciséis horas al día sobre la cultura asiática, la medicina ayurvédica, los gurús, la acupuntura a través de presión digital, los masajes curativos, los remedios de los indios nativos, etc. y etc.

Literalmente me estaba convirtiendo en médico homeopático y naturista. Trataba, lo mejor que podía, de ir entrelazando la nueva información con las experiencias previamente obtenidas de la medicina alopática, principalmente en las áreas de pediatría, medicina interna y neurología.

No crean que esto fue tan fácil como suena en las palabras escritas..., esto fue literalmente una secuencia de tormentas mentales, existenciales, emocionales y profesionales.

La organización católica-hindú con la que iría a trabajar en Brasil tenía una serie de requisitos existenciales-espirituales-religiosos bastante peculiares en donde el desapego jugaba un papel primordial.

Comenzaron a darme «la información» directamente. Yo la sentía como una «letanía» de instrucciones dadas sin mucha sutileza; como dicen por ahí, «sin pelos en la lengua». Me explicaron que antes de empezar a trabajar para la organización tenía que deshacerme de cualquier apego material, tales como vivienda, deudas, muebles, ropa extra, etc., etc., y etc.

Es decir, me pedían dejar atrás todas las cosas materiales y todas las cosas que de alguna manera pudieran unirme a mi pasado.

Para ese momento de mi vida no era ni muy «culto» ni consciente de las culturas orientales religiosas-espirituales, las cuales practicaban el «desapego» como una forma muy efectiva de acercarse a la esencia de Dios y del universo que vive dentro de nosotros.

El «desapego» que me exigían era obviamente muchísimo más que un simple desapego para mí, era dejar «productos» de mi trabajo, compromisos, elementos materiales que formaban parte de mi vida y que me llenaba de gozo el usarlos.

En esos momentos la razón y la inteligencia sacaron sus garras para generar todo tipo de emociones para calmar a la intención y modificar al pensamiento. Por unos días parecía que ganaban la batalla, hasta que la famosa intuición con su habilidad única en mí

logró vendarme los ojos mientras me hipnotizaba pidiéndome que caminara a ciegas, que ella me iba a ir guiando.

Ahora que estoy escribiendo esto, por más mente abierta que quiera ver estos momentos de mi vida, no logro precisar ni mucho menos entender qué tipo de pensamientos, sentimientos y emociones estaba yo experimentando para que hubieran tenido la capacidad de polarizarse en acciones. No me queda ninguna duda de que estaba caminando por una línea muy fina y muy frágil que se demarcaba entre la locura, el auto suicidio, la aventura fantasiosa, la desesperación y la ilusión delirante de ayudar a los pobres.

Parecía que la vida me estaba dando la oportunidad de que me lanzara a explorar lo desconocido con la misma pasión con que lo venía haciendo con lo conocido.

Lo que suena bastante paradójico es que todo esto lo estaba haciendo voluntariamente, en la plena conciencia de libertad de mi libre albedrío.

En aquellos momentos, el caminar se convirtió en mi amigo, en mi consejero y quizás hasta en mi terapeuta psicológico. Recuerdo caminar por muchas horas a la vez y por muchos días, tratando de aclarar mi mente y de encontrar un balance entre mi razón, mi inteligencia, mi espíritu aventurero, mi pasión por la medicina, mi inquietud por ayudar al necesitado y mi «locura temporal».

Comenzaba a experimentar lo que muchos años más tarde conocí como la fuerza y el poder de la intuición, la divinidad involucrada en la intención y la sabiduría divina implícita en el amor en acción.

Parecía que a pesar de encontrarme en mis treinta y poquito para ese momento estuviera experimentando la famosa crisis de los cuarenta (*midlife crisis*).

En esos días, entre mi conciencia, mi «inconsciencia» y mis sueños vividos tomé la decisión de lanzarme a la aventura. Me levanté una mañana con la convicción de que la única forma de averiguar de qué se trataban todos estos nuevos eventos en mi vida era comprometerme con pasión y con el cien por ciento de mi pensar, de mi sentir, de mi actuar y mi de hablar con todo lo que esto implicaba y dejarme fluir a través del desenvolvimiento de los eventos.

Deshacerme de mis pertenencias materiales fue más fácil y rápido de lo que pensaba. Incluso me sentí bastante bien en el proceso. El tener doce hermanos facilitó que la gran mayoría de las cosas «desaparecieran» en horas.

Durante todo este proceso de transformación y reinención un extraordinario ser humano, de aquellos que se manifiestan en tu vida para que conozcas el valor del amor en la amistad, con inteligencia, con una constancia en el tiempo y un compromiso únicos, fue demostrando, día a día, su condición humana-espiritual y actuó como mi ángel protector coordinando magistralmente, no solo la transición, sino preparando la logística de las potenciales cosas necesarias que debía llevar conmigo. Sin este ángel no creo que hubiera logrado encaminarme con la velocidad y la seguridad con que lo hice.

El haber experimentado esta afirmación de amistad me dejó con una tranquilidad y un sentimiento de seguridad que me ayudaron a sobrepasar los muchos baches del camino, llenándome de una fuerza de esperanza que se manifestaba como una luz en los momentos de oscuridad.

Para esta «aventura» conseguí una camioneta *pick-up* 4 x 4 cubierta con una cabina. La cabina posterior se llenó con medicinas y el resto de mis cosas que me parecieron útiles para el viaje. En

la cabina del conductor como acompañantes de viaje había mapas de Venezuela y de Brasil, un libro de cómo aprender a hablar en portugués escrito en inglés, ropa para cambiarme, una almohada, insecticidas, linternas, una caja con herramientas, libros de mecánica, dos brújulas, mantas y un saco de dormir.

Las cosas fueron encajando de tal manera que más pronto que tarde estaba listo para comenzar mi viaje desde Caracas con miras de atravesar la selva amazónica para alcanzar la zona donde supuestamente se encontraban ya trabajando miembros de esta organización.

Antes de partir hacia mi viaje una de mis hermanas me mostró una fotografía aérea de *National Geographic* de la selva amazónica. Pocas horas después estaba pintando una cruz blanca fosforescente en el techo de la camioneta roja, con la fantástica ilusión típica de un ignorante al respecto como lo era yo, pensando que podría ser más fácil para el equipo de rescate aéreo encontrarme, por si acaso me perdía por mucho tiempo.

Una vez más estaba demostrándome a mí mismo que era literalmente, como dicen por ahí, «una flor de asfalto». La idea de selva que tenía era lo que las películas de Tarzán, *Gorillas in the Mist* y *Medicine Man* habían creado en mi mente. Mi ingenuidad pecó de ignorancia en medio del temor de no tener la forma de comunicarme con nadie durante el viaje (no existían teléfonos celulares, ni GPS y no tenía radio de frecuencia corta).

Antes de salir pasé por a casa de la organización hindú localizada en Caracas. No se encontraba nadie en ese momento, pero habían dejado un sobre en la puerta con mi nombre en donde se encontraban varias hojas de papel con los nombres de «las personas potenciales» que se encontrarían en Brasil para que las encontrara y dibujos con rutas posibles a tomar.

En el camino, hacía «toques técnicos» en las estaciones de gasolina y aprovechaba para aumentar el número de «copilotos» (hielo para la cava, bolsas de papas fritas, sándwiches, refrescos, mapas de Sudamérica que iba encontrando, etc.).

Los libros de mecánica eran de las cosas más apreciadas, ya que además de ser «un ser humano de asfalto», no sabía nada de mecánica.

Desde Caracas hasta la frontera de Brasil en el sur de Venezuela fueron alrededor de unas 1.600 millas de carreteras asfaltadas total o parcialmente. La aventura hasta ahora se concentraba principalmente en conducir bajo fuertes lluvias y poca o ninguna iluminación en las carreteras, así como en dormir en las estaciones de servicio junto a enormes camiones de carga transnacionales.

Ya desde los inicios del viaje los camioneros se estaban convirtiendo en mis guías más fidedignos. Compartiendo con ellos comencé a aprender desde algo sobre mecánica hasta cómo realizar los trámites necesarios en las oficinas de aduanas en la frontera. Me dieron consejos generales para el camino, así como la forma de evitar patrullas policiales, y tantas otras cosas importantes que pudiera encontrar en mi camino hacia la selva.

Por supuesto, cada día me asustaba más de lo que estaba haciendo. Cada conductor de camión aprovechó para explicarme con sus propias palabras o mediante historias horribles todos los riesgos que corría y lo loco que estaba. De guerrilleros a ladrones, de indios nativos locales a personal militar corrupto, y una variedad bien heterogénea e ilustrada de situaciones potencialmente peligrosas que podía enfrentar.

Estas historias y el peligro potencial al que me estaba enfrentando, fueron un tratamiento extremadamente eficaz para «mi locura

temporal». Los movimientos intestinales comenzaron a manifestar mi estado mental.

Los españoles tienen un dicho: «Cuando sueltan al toro, o corres o lo toreas». Yo, realmente ¡quería correr...!

Siguiendo los consejos que me dieron los camioneros, fui a cruzar la frontera justo al amanecer, teniendo el pasaporte abierto en la foto y los papeles de la camioneta listos para enseñarlos tan pronto se acercara el oficial de la aduana a mi ventana. Fue perfecto, no hizo ninguna pregunta ni revisó la camioneta; y así, en menos de cinco minutos crucé desde Venezuela a Brasil y seguí rumbo a Boa Vista.

Esta fue la primera vez que sentí que lo que me pasaba era más que una simple suerte o el resultado directo de los consejos de los camioneros. Sentí que estaba realmente acompañado de ángeles de la guarda. Utilizo plural porque a lo largo de esta «asignación», «misión», «aventura» o «locura», hubo muchos de ellos e incluso creo que se turnaban para tratar de mantenerme mentalmente sano y físicamente vivo.

Tan pronto como crucé la frontera, la carretera cambió. ¡No más asfalto! Las fuertes lluvias y el barro hicieron que el viaje a Manaus fuera largo y difícil. Quedarme atrapado en el barro durante horas esperando a que pasara un camión militar para ayudarme fue el denominador común de este tramo del viaje hacia Manaus.

Llegar a Manaus y observar la sorprendente diferencia de color del agua entre el río Negro y el río Amazonas, que casi forma una línea perfecta en su confluencia, fue verdaderamente una experiencia única. Estacioné mi camioneta cerca del río en una posición perfecta para disfrutar tanto de la magia de la luna reflejando su luz sobre el agua como de la confluencia de ambos ríos.